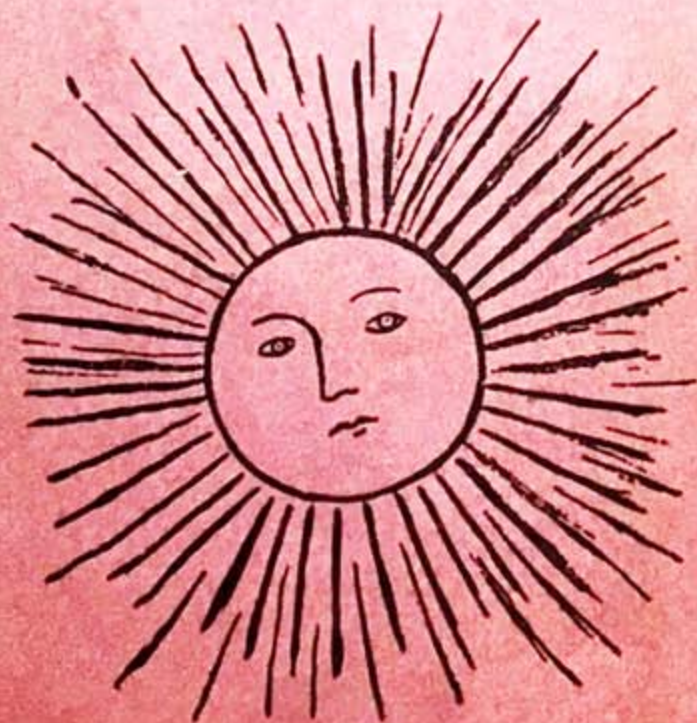


LAS INSTITUCIONES DEMOCRATICAS

LA ARBITRARIEDAD, EL AZAR Y LA MENTIRA.

DISCO

REVISTA LITERARIA

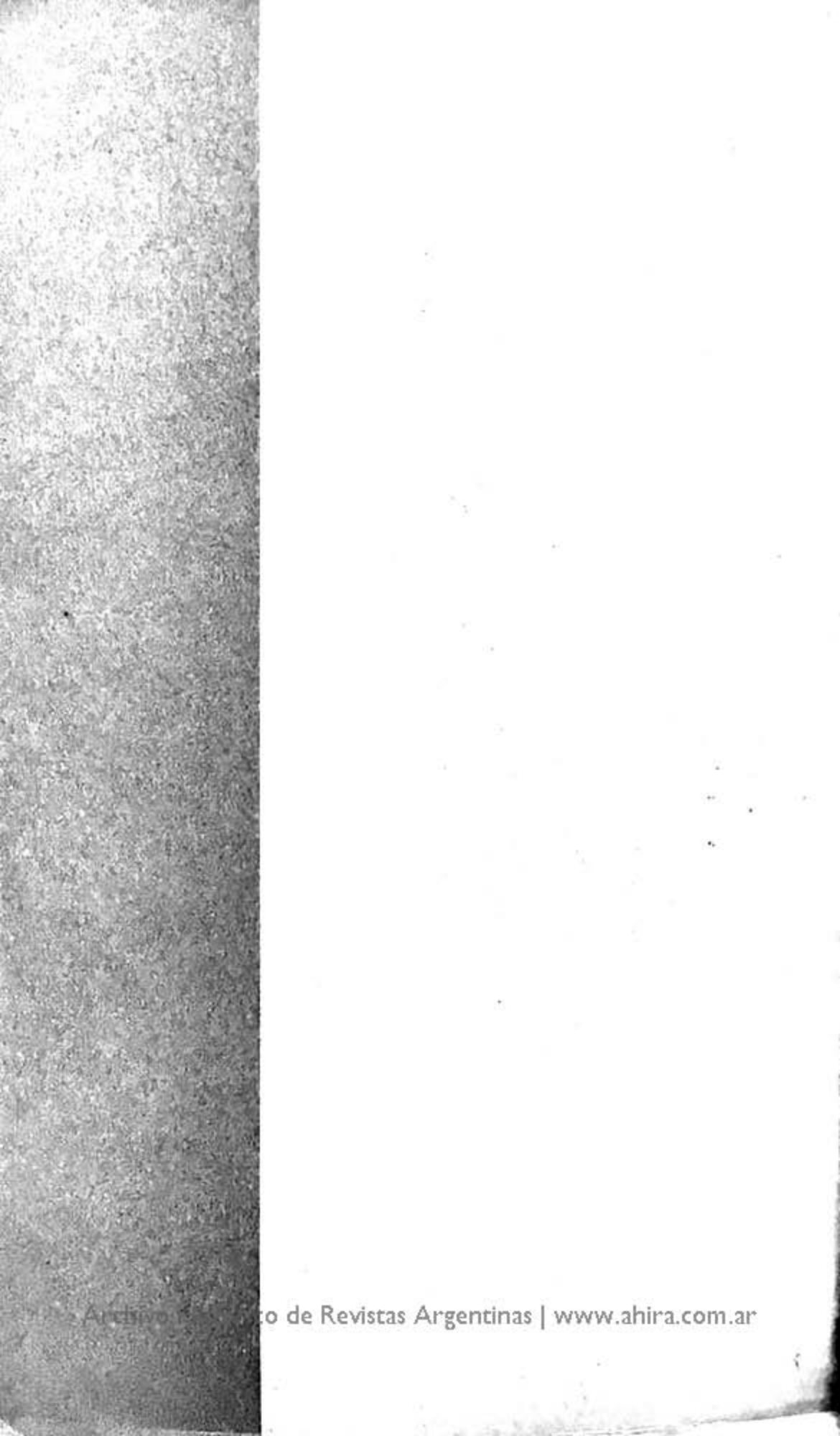


BUENOS AIRES

Nº 5

EXIGEN UN PUEBLO CULTO, DONDE LA INTELIGENCIA

Y LA LEY PREVALEZCAN SOBRE



DISCO

REVISTA LITERARIA

Dirige: J. R. WILCOCK

BUENOS AIRES

JUNIO DE 1946

DISCO

REVISTA LITERARIA

REDACCIÓN: MONTES DE OCA 715

Tel. 26 - 2081

BUENOS AIRES

SUSCRIPCIÓN ANUAL: \$ 10 M/ARG.

Imprenta López — Perú 666 — Buenos Aires

DEL DESPOTISMO

El despotismo me parece particularmente temible en tiempos de democracia. Yo creo que en cualquier época habría amado la libertad, pero en esta época nuestra me siento más bien inclinado a adorarla.

ALEXIS DE TOCQUEVILLE.

DE UNA ELEGÍA

I

Soy un príncipe, y reino en tu recuerdo,
dominio infrecuentado, noble herencia;
allí tu sola y anterior presencia
es el salón real donde me pierdo.

donde me miran en dorados marcos
los paisajes que amé cuando vivías,
donde se oyen las mismas melodías
detrás de las cortinas y los arcos.

Allí una vasta bóveda refleja
un estanque y un cisne ensimismado,
los fantasmas que ascienden a un estrado
y el ruiñón que en soledad se queja.

Ese silencio se estremece un poco
y en una ondulación forma tu nombre;

veo pasar una mujer y un hombre,
la mujer está muerta, el hombre loco.

Me dicen en murmullos inaudibles
que preferiste entrar a ese cristal
azul a veces, de ágata inmortal,
huyendo de estos ámbitos terribles.

¡Oh repetido encanto de las salas,
de rojos terciopelos solitarios,
oh palacios de pólipos calcáreos
que se convierten en un ruido de alas,

por qué escondéis esa palabra atroz,
y esa doble figura compartida
que se complace en lastimar la herida
de su mágicamente triste adiós!

II

Dulce costumbre de encontrarse, ocasos
en las mismas esquinas honoradas,
conversaciones graves y pausadas
como la seriedad de nuestros pasos;

nombres de plantas que me preguntabas,
árboles silenciosos de las calles,
¡cómo recuerdo todos los detalles,
los jardines de hortensias y de aljabas!

A veces el aliento de las olas,
la noche, nos volvían soñadores;
eran tiempos profundos, y mejores,
las almas parecían menos solas.

Era una especie de melancolía
nuestra amistad, y sin embargo siento
que también era un dulce sentimiento,
y en el recuerdo mi única alegría.

No precisé tu adiós para quererte,
y en el mármol escrito de mi vida
ya eras la persona preferida
cuando nos quiso separar la muerte.

III

Música fiel y rememorativa,
toda mi juventud vuelve a tu acento;
olor de pinos en este aposento
que no se extinguirá mientras yo viva.

El fuego de la estufa, y el oscuro
jardín donde se abrían los jazmines,
¡oh música de violas y violines,
qué igual es el pasado y el futuro!

Qué igual en esta pena a aquellos días;
qué soledad igual y misteriosa
que me hace ver de nuevo cada cosa
dentro de un círculo de profecías,

y confundir tu ausencia y tu amistad,
para ser ellas mismas, transformado,
y a tu propia persona incorporado
abrir las puertas de otra eternidad.

IV

Qué quedará sino una quintaesencia
de ti, como un placer independiente,
qué quedará en este dolor presente
de las metamorfosis de tu ausencia,

sino una luz profunda en las cavernas
que mi propia ceguera se edifica,
sino una herencia cada vez más rica
para las Moiras pálidas y eternas.

Habitarás el fondo del olvido
como una vieja carta en un cajón;
te guardaré de la profanación
de un sufrimiento que no has promovido.

No te confundiré con los horrores
que atraviesan el aire de este abismo;
haré las crónicas de tu heroísmo
en lugares más altos y mejores,

más allá del insomnio, de las dudas
con sus terribles cuernos de diamante,
más allá de las furias de este instante,
más allá de las dichas más agudas.

J. R. WILCOCK.

EL PERRO BAJO LA PIEL

ACTO II — ESCENA I

(Estlandia. Una sala en un manicomio. Al fondo de la escena hay un gran retrato de un hombre con uniforme; debajo de él se lee: "Nuestro Líder". El hombre tiene un altavoz en vez de cara. La sala está llena de locos, hombres y mujeres, sentados en sus camas y absortos en diversas ocupaciones, o paseando por la escena. Cada vez que se encuentran, se hacen el saludo estlandés, que consiste en aplicarse la palma de la mano contra la nuca. Sus movimientos son furtivos y temerosos.)

Primera Señora Loca. (Cruza la escena cantando.)

En la noche silenciosa se refleja
la isla con figura de lenteja,
y nuestro feo y cómico sirviente
tan diligente;
oh la fruta y la azotea,
el barquito en la bahía
que conmueve el verano con su chimenea.
No has vuelto todavía.

Primer Loco. (En voz baja al Segundo Loco, en un rincón.)

¡Oíste algún rumor nuevo?

2^{do}. Loco.—¡Montones!

1^{er}. Loco. — ¡Oh, dímelos!

2^{do} Loco. — ¡Sh! No tan fuerte. Temo que nos espíen.
1^{er} Loco. — Se me ocurre un plan. Despidámonos ahora,
y encontrémonos luego, como por casualidad.
2^{do} Loco. — Muy bien. Pero ten cuidado.

*(Se hacen el saludo estlandés, y se dirigen hacia
sus respectivas camas)*

*(Entran dos oficiales médicos, con Alan dentro
de un chaleco de fuerza y sobre una silla de ruedas.)*

1^{er} Oficial Médico. — ¿La frontera de Ostnia, no? Ya nos
mandaron desde allí varios ejemplares hermosos.

2^{do} Of. Méd. — Sí.

1^{er} Of. Méd. — ¿Qué informan?

2^{do} Of. Méd. — Viajando con un perro.

1^{er} Of. Méd. — Jm. Canofilia.

2^{do} Of. Méd. — Declara estar buscando a alguien que no co-
noce.

1^{er} Of. Méd. — Elaboración de Fantasías. Continúe.

2^{do} Of. Méd. — No sabe el Himno Estlandés.

1^{er} Of. Méd. — Amnesia. Bastante serio. (A Alan.) Ahora
contésteme:

¿Ha estado en el Polo Norte?

Alan. — No.

1^{er} Of. Méd. — ¿Sabe hablar en chino?

Al. — ¡No!

2^{do} Of. Méd. — ¿Se tiñe el pelo?

Al. — ¡No!

1^{er} Of. Méd. — ¿Su madre era negra?

Al. — ¡¡No!!

2^{do} Of. Méd. — ¿Acostumbra beber el agua de su baño?

Al. — ¡¡¡No!!!

1^{er} Of. Méd. — ¿Le gusta mi cara?

Al. (Perdiendo la paciencia y gritando.) — ¡!!!No!!!!

1^{er} Of. Méd. — Como me imaginaba: un caso típico de ne-
gativismo.

Al. — ¿Qué quieren hacer? Déjenme salir de aquí.

2^{do}. Of. Méd.—La mordaza, supongo, ¿no le parece?

1^{er}. Of. Méd.—Sí, me parece mejor. (*Amordazan a Alan.*)

2^{do}. Of. Méd.—Es un tipo clásico. Será una joya en nuestra colección.

(*Salen los Oficiales Médicos.*)

2^{da}. Señora Loca. (*Paseando con la 3^{ra}. Señora Loca.*)—El Líder dice que el año próximo nos encerrará a todas las mujeres en gallineros, como a las gallinas. Y si no ponemos como se debe, nos engordará para la Feria de Navidad.

3^{ra}. Señora Loca.—¡Oh, qué preciosa idea!

2^{da}. Señora Loca.—Sí, ¿no es cierto?, y tan noble, además. Por fin se convertirá la Maternidad en algo sagrado. Y desaparecerán todas esas horribles tonterías, tan poco femeninas, que fomentan la independencia de las muchachas. ¡Estoy bien segura de que yo nunca quise ser independiente!

3^{ra}. Señora Loca.—¡Me imagino que no, Dios mío! (*Se estremece.*) ¡Uf, ni pensarlo!

(*Varios locos rodean a un loco, desnudo —excepto una toalla en torno a la cintura— y con el cuerpo cubierto de manchas de tinta.*)

Loco Desnudo.—Yo soy el Presidente de la Liga de los Antepasados de Estlandia, recién formada, y que el mismo Líder ha aprobado oficialmente. Después de cuidadosas investigaciones históricas he descubierto que ésta es la exacta indumentaria de los habitantes de Estlandia hace dos mil años. Toda otra indumentaria moderna es afeminada y extranjera. La L. A. E. restituirá a Estlandia las viriles costumbres de nuestros antepasados. ¡Abajo las máquinas! ¡Abajo los cuchillos y los tenedores! ¡Abajo los cuartos de baño y los libros! ¡Volvamos a los bosques y alimentémonos con raíces!

(*Los otros locos, muy agitados, comienzan a desgarrarse las ropas y a rascar el piso, como si arrancaran raíces de la tierra. Mientras tanto, los locos 1^{ro}. y 2^{do}. se levantan de sus camas y se saludan con gran ceremonia.*)

1^{er}. Loco.—¡Ah buenos días, mi querido Barón!

2^{do}. Loco.—¡Excelencia, qué placer inesperado!

1^{er}. Loco.—Hace un día extraordinariamente hermoso, ¿no es cierto?

2^{do}. Loco. (*En el mismo tono de voz, y moviendo levemente la cabeza hacia uno de los otros locos.*)—He oído decir que el Almirante será denunciado.

1^{er}. Loco. (*Evidentemente encantado.*)—¡Oh, cómo lo siento! ¡Pobre hombre! ¿Por qué?

2^{do}. Loco.—Lo de siempre. Bizantinismo, por supuesto; y desinterés, y aislamiento.

1^{er}. Loco.—¡Pero, pero! ¡Nunca lo hubiera creído de él!

2^{do}. Loco.—Sí, tiene un prontuario muy malo. Dicen que la Policía Secreta recibió más de dos mil cartas anónimas que se quejaban de él. ¡Y todas escritas con tinta invisible!

1^{er}. Loco.—¡Oh, es terrible! (*Gozosamente.*) ¿Qué crees que le harán?

2^{do}. Loco.—Lo mandarán a las Minas de Plomo, espero.

1^{er}. Loco. (*Frotándose las manos.*)—¡Pobre hombre!

(*Un loco, que acaba de atar una bandera a la cabecera de su cama, grita al loco de la cama de enfrente.*)

Loco de la Bandera.—¡Eh, tú! ¿Por qué no has izado tu bandera? ¿No sabes qué día es hoy?

Loco sin Bandera.—¡Claro que sí! Hoy es el día de Regocijo Nacional.

L. de la Band.—Entonces, ¿por qué no izas tu bandera? Si no has izado tu bandera, no puedes regocijarte.

L. sin Band.—Por supuesto que me regocijo. Estaba sentado, regocijándome solo y tranquilo, cuando me interrumpiste.

L. de la Band.—¡No creo que te regocijes en lo más mínimo! No tienes cara de estar regocijándote.

L. sin Band.—Bueno; si es por eso, tú tampoco.

L. de la Band.—No me importa lo que parezco. He izado mi bandera. Todo el mundo puede advertir que yo estoy regocijándome.

L. sin Band.—¿Por qué te regocijas?

L. de la Band.—No te lo diré. ¿Y tú?

L. sin Band.—Yo tampoco te lo diré.

L. de la Band.—¡Oh, sí, me lo dirás!

L. sin Band.—¡No, no te lo diré!

L. de la Band.—¡Sí!

L. sin Band.—¡No!

(Los dos locos adoptan actitudes amenazantes, y se hacen horribles muecas. Se oye un clarín.)

1.º Loco.—¡Silencio, todos! ¡El Líder quiere hablarnos!

(Todos los locos se ponen de pie y hacen el saludo estlandés.)

La Voz del Líder. (A través del altavoz del retrato.)—Hace algún tiempo me encontraba pasando un fin de semana en un pueblecito de la montaña. Estaba sentado en la galería de una rústica posada estlandesa, mirando a través de la calle las praderas y las montañas del otro lado, esos picos coronados de nieve que ya se teñían con el esplendor del crepúsculo. Las golondrinas estlandesas entraban y salían del alero, sobre mi cabeza. En la puerta de una casa de enfrente, una joven madre contemplaba a su niño de pecho con la inefable ternura estlandesa. En otra puerta, una abuelita estlandesa miraba el atardecer, con una perfecta serenidad reflejada en su hermoso rostro de anciana. Un poco más allá unos turbulentos niños estlandeses, de rosadas mejillas, jugaban sobre el heno recién cortado. De pronto cruzó la calle una majada que volvía, con todas sus campanitas repiqueteando en una dulce sinfonía, seguida por los campesinos, tan honestos, tan ahorrativos, tan frugales, tan

unidos a la querida tierra de Estlandia por un eterno y sagrado matrimonio.

(Esta parte del discurso emociona mucho a los locos. Suspiran, dejan caer algunas lágrimas, y se abrazan entre sí con ruidosos besos. Uno de los varones saca las flores de un florero y las distribuye entre las mujeres, que colocan las flores entre sus cabellos.)

Voz del Líder. (Continuando.)—Mis ojos se llenaron de lágrimas. En ese momento no hubiera podido hablar. ¡Castigado sea el hombre, pensé, que suponga a este pueblo capaz de alguna baja o mezquina acción! ¡Estlandia! ¡Nuestra Estlandia! ¡Mi Estlandia! ¡Toda, toda, mía! PERO: un escalofrío heló mi corazón. ¡Había una sombra! A menos de doscientas millas de aquí, existe una Nación entrenada en las armas desde la infancia, educada en la obediencia y la precisión militares, cuadrándose hasta en la cuna, espléndidamente equipada con todos los inventos de la ciencia moderna, capaz, resuelta, acostumbrada a considerar al individuo como inexistente y al Estado por encima de todo, burlándose de los tratados como si fueran meros trazos de papel que pueden ser hechos pedazos en cuanto el interés del Estado lo demande. El ojo de mi pensamiento vió las largas filas grises y silenciosas. Oí los gritos de los capitanes, el bronceo llamado de los clarines y el galope de los corceles. Y una voz me dijo: ¡Infelices, infelices los desprevénidos: porque serán despojados de su herencia, y verán sus hogares arrasados! *(Los locos están ahora violentamente agitados. Algunos gimen y se estremecen de miedo, se echan sobre el piso o se arrastran debajo de las camas. Otros hacen sonar trompetas, blanden espadas imaginarias, y derriban imaginarios enemigos.)*

¡De qué causas insignificantes pueden surgir aterradoras consecuencias! Un pedazo de papel abandonado por los participantes de un pic-nic que sin querer cruzaron la frontera, una palabra impensada en alguna carta que hable de la superioridad de la cerveza estlandesa, o un dibujo mal comprendido en una

revista humorística; y un momento después, ya es demasiado tarde. La destrucción puede caer sobre nosotros como un ladrón nocturno; mientras estáis dormitando inocentemente en vuestro sillón, o preparando una tortilla, o lavando platos en la piletta de la cocina. Una reunión secreta de ministros, una palabra murmurada en el teléfono, y antes de media hora, antes de veinte minutos, las negras hordas de la muerte oscurecen el aire de Estlandia con sus horribles sombras. ¡Imagináos la escena, oh madres! El rostro de vuestras criaturas, arrugado y contraído: no de hambre, no. Saturado por el veneno del aire que respira, con su tierna boquita entreabierta, segregando espuma y verde bilis entre estertores. ¡Hijos, mirad a vuestro anciano padre que os ha enseñado a reverenciar la verdad y la pureza: miradlo atrapado por la casa que se derrumba, con el cráneo aplastado como una cáscara de huevo por una viga que cae ante vuestros ojos! ¡Pensad, maestros, en las bombas que caen repentinamente sobre las canchas! ¡Allí avanza ese espléndido delantero... ah, ya ha caído, precipitándose al suelo justo cuando llegaba al arco, con sus hermosos y elásticos miembros contraídos por la agonía! (*La mayor parte de los locos están absortos, mirando el techo con fascinado horror, como si esperaran la llegada de los aeroplanos.*) Y esto no es todo. Una vez encendida, la llama se convertirá en una conflagración universal: Inglaterra, Islandia, Ecuador y Siam arderían, y antes de una semana nuestra civilización, todo lo que nuestros estadistas y pensadores, nuestros poetas y músicos edificaron durante las edades de la historia, se convertiría en una humeante ruina. ¡No, esto no debe suceder! Estlandia es el guardián de Europa. Amamos la paz (lo digo con absoluta seguridad) más que cualquier otro país. Estemos preparados, y seamos capaces de defenderla. Debemos construir una fuerza aérea de tal magnitud que cualquier enemigo, por feroz que sea, deba pensar dos veces antes de atacarnos. ¡Antes de tres semanas debemos tener un millón de aviones, ni uno menos! Debemos realizar un esfuerzo estupendo. Ningún sacrificio es demasiado grande.

Espero la ayuda de cada hombre, cada mujer y cada niño de Estlandia. Suprimid ese cigarrillo después de las comidas, suspended ese rouge de más, abstenéos de vuestras golosinas favoritas. ¿Es demasiado pedir cuando la seguridad de la Patria está en peligro? Nuestras responsabilidades son enormes: seamos dignas de ellas. Y que Dios nos ayude. (*Tremendo entusiasmo. Los locos saltan de placer por todas partes, aclaman, se abrazan, se tiran almohadas, y se pellizcan mutuamente las orejas.*)

Loco de la Bandera.—¡Construyamos un enorme aeroplano para nuestro Líder!

Locos.—¡Oh, sí, vamos!

(*Los locos empiezan a arrastrar camas, a juntarlas y a apilar muebles sobre ellas. El estrépito es tremendo.*)

1^{er}. Loco. (*Que se considera evidentemente el más importante de todos, y está un poco resentido porque la idea de la construcción del avión ha sido sugerida por otro, se pone de pie sobre una silla y comienza a aplaudir para llamar la atención; después de cierto tiempo, consigue que los locos dejen de trabajar y lo escuchen.*)—Locos de Estlandia: En esta hora de suprema crisis, me siento obligado a decir unas pocas palabras. Éste es mi mensaje: No olvidemos jamás que primero somos estlandeses, y que después somos locos. Como estlandeses, tenemos una gran tradición y debemos sostenerla. Estlandia ha producido siempre el diez por ciento más de locos que cualquiera otra nación de Europa. ¿Seremos ahora menos que nuestros antepasados? ¡Nunca!

Durante los últimos años han aparecido entre nosotros, enmascarados bajo el nombre de hombres de ciencia, algunos judíos, oscurantistas, y traidores marxistas. Esos hombres han publicado enormes libros, tratando de introducir nuevas clasificaciones y formas de locura. Pero no hemos sido engañados. Ningún tipo extranjero de locura, por más espectacular, por más ruidoso o agradable que sea, nos inducirá jamás a abandonar la antigua y gloriosa Manía Estlandesa. Declaramos solem-

nemente que lo que fué bueno para nuestros antepasados, es bueno para nosotros. Seguiremos enloqueciéndonos a la antigua y prestigiosa manera de Estlandia.

Un Loco.—¡Tres hurras por los Dementes Estlandeses!

Todos.—¡Hurra, hurra, hurra!

(La agitación de los locos llega a un máximo; simulan subirse al aeroplano que han construído, y volar durante un instante, hasta que la pila de muebles y de camas se derrumba estrepitosamente.)

W. H. AUDEN y CHRISTOPHER ISHERWOOD.

DEUX POÈMES DE LOUANGE

LES DENTS DU LUXEMBOURG

*Immobiles mouillées les dents du Luxembourg
Sous un sourire trop distendu pour que vivre
Continuât, et les bassins remplis de lourd
Présage et le jet d'eau de l'adolescent ivre*

*Que j'avais été là; sa robe était de noir
Pour que le rire fût aux dents plus mémorable
Plus ennemi; un vol épouvanté du soir
Des palombes allait au désir et au sable.*

PLAINE DES RENARDS

*Vert est ce terrain d'onde au moment du blé vert
Verts trois arbres venteux, vert l'espoir sérieux
Vert le bois qui chemine en dormant au travers
Verts le sillon, et l'âme, ô grandeur de mes yeux*

*Vert et gris de la pierre et limpide colère
Du ciel, à tout jamais tranquille charité,
Les corneilles s'en vont vers l'horizon sévère
Où sera le brouillard géant de la cité.*

PIERRE JEAN JOUVE.

P A R I S

*O vaisseau endormi
qui m'attend
loin de moi ô Paris
mon honneur et ma fête
mon secret réchauffé
dans tes yeux*

*O ma Seine arrimée
dans mes eaux printanières
ô charniers innocents
de Mémoire ô ma vie
trépassée qui verdoie
plus comblée que tes jours
quand ils luirent*

*O ta neige en mon âme
et mes fleurs ô manteau
pour briller dans l'hiver
de mon âge
mes blessures
sont couleur de ton ciel*

*O Paris tes arènes
pour combattre mes bêtes
mes taureaux blanchissant
par la Nuit et ma mort
piétinée et mon sang
qui surgit dans leurs yeux
et mon rire*

*O Paris tes ponts-neufs
pour passer mes abîmes
tes deux îles mes yeux
oscillant sur le flux
tes fenêtres du soir
mes attentes lointaines
et tes portes d'hôtel
mes entrées du mystère*

*O Montmartre ta proue
et tes tours pour hausser
mes refus tes rosaces
pour mirer la beauté
et les Halles au matin
et les cris du jardin
la tendresse du jour*

*O Paris mon amande
bleue amère
ma reserve songeuse
jusqu'aux pierres
de ton sein
mes douces graminées
tes marchands de couleur
arbres de ma voix vive
et ton ciel pourrissant
ô mon heaume enchanté*

ANDRÉ FRÉNAUD.

JE NE SUIS PAS SEUL

*Chargée
De fruits légers aux lèvres
Parée
De mille fleurs variées
Glorieuse
Dans les bras du soleil
Heureuse
D'un oiseau familier
Ravie
D'une goutte de pluie
Plus belle
Que le ciel du matin
Fidèle*

*Je parle d'un jardin
Je rêve*

Mais j'aime justement.

PAUL ÉLUARD.

Para Ignacio



LA HISTORIA DE SAN LUIS GONZAGA

(1591 - 1926)

A la memoria de Mlle. Germaine Jaurès.

Junio de 1926.

El lunes, cuando amanezca, hará tres meses que no desciendo de mi altar. Pues antes que las auroras puedan iluminar los vitrales de esta iglesia, oigo girar la llave de la sacristía; después de encender las velas, el sacristán, abre las puertas del atrio por donde han de pasar los pocos y asiduos fieles de la primera misa. —————

— No quisiera que los declarasen dementes, al ser el tema de su acusación haberme visto pasear bajo los ventanales tratando de iluminar mi cara con la cabeñera de Santa Cecilia, y mi sobrepelliz con el manto violeta de San Agustín; por eso debo inmovilizarme hasta que concluyan los oficios.

Afortunadamente, desde mi muerte desconozco la impaciencia, pues uno de los privilegios que me otorgó el halo de la reina de los ángeles —no pude alcanzar a verla en la plenitud de su belleza— es el de permanecer idéntico

en la eternidad sin impacientarme. Este privilegio, como el de no entregarme al sueño y el de poder espiritualizarme en cualquier sustancia, lo obtuve a un precio desmedido: el destierro.

Mi deshumanizada voluntad consiguió en los últimos cuatro años de mi vida desligarme del ritmo terrestre (excepto el alimento y mis excrementos), y al morir, ni la llama celestial ni la infernal se dignaron poseerme.

Así, mi destierro ha de prevalecer sobre el juicio.

Decir encarnarme en cualquier sustancia, sería falso, porque en vida llegué a abolir la carne y ahora mis miembros se desplazan por obra del espíritu. Además, la idea de una reencarnación sucesiva siempre me repugnó; y la considero como una grosera teoría de la inmortalidad. Implica una profanación mutua del recuerdo, y la repetición de la muerte, hecho que destruye su magnificencia.

El vuelo de un pájaro que me reveló la pureza de un cielo sin nubes hasta ese momento desapercibido, mi mano vista a través del trozo de mármol transparente que hallé entre las ruinas de un palacio de Monferrato, son recuerdos que al exponerse a las sensaciones del objeto encarnado desvanecerían su prístina delicia. La veracidad de esta meditación es exacta, ya que la aprobó mi ángel protector. Me visitó en dos ocasiones y me informó de los sucesos terrenales.

En la primera visita me anunció que por orden de Vicente de Gonzaga mi imagen era paseada por las calles de Mantua, y que los príncipes de Solferino gestionaban mi beatificación.

Un siglo después vino a anunciarme que de todas las efigies que se habían construído al canonizarme Benedicto XIII

la que más armonizaba con el recuerdo de mis rasgos era la proveniente de un taller de Zaragoza.

Ahora sé que ese anuncio hubiera sido menos breve, de haberme dicho que esa efigie estaba destinada a poseer una historia significativa. Mas su delicadeza me evitó la ofensa.

Al poco tiempo de existir en ella, Carlos III expulsa de España a la Compañía de Jesús. Los jesuitas traducen su indignación retirando mi efigie de los altares españoles y enviándola al Virreynato del Río de la Plata. También sufrieron este destierro indirecto las efigies de San Estanislao de Kostka y de San Ignacio de Loyola, pero ignoro sus destinos.

Pero con tal de que el ángel hubiera prolongado su visita, yo habría soportado todas las ofensas que se pueden obtener con la combinación de mil palabras, para poder estudiar la estructura de sus alas y prolongar mi admiración por su cara transparente, inaccesible y simétrica como la flor inesperada de un kaleidoscopio.

No siempre fuí de virutas y madera; antes de mi canoización era de hilo de Arras.

Durante mi infancia, y parte de mi adolescencia, todos los años iba a pasar tres semanas del otoño al castillo de los duques de Mantua. Mi paseo preferido era el que efectuaba por el corredor más alto del segundo patio. Allí, ocupando enormes espacios de pared, se hallaban "El sitio de Antioquía" y "La toma de Jerusalem", dos tapices de la serie de cuatro que ejecutó el maestro Thomae para el abuelo de mi abuelo. Estando los dos que faltaban en mi casa paterna,

yo podía seguir con facilidad la historia de la primera cruzada.

“La Toma de Jerusalem” era mi preferido, por poseer un ángel que ocupó mi contemplación durante muchas tardes. Me seducían la espesura de su cabello y los pliegues de su túnica, a quienes yo atribuía un acumular de aromas con los años. A mi admiración se enlazaba la envidia, porque como estaba en la parte más alta del tapiz podía observar el proceso de unas flores que crecían silenciosas en un jardín interior, estimulando secretos en su follaje que ningún viento estremecía; y fué a su imagen donde me condujo el ángel de la guarda para que morase. Es el recuerdo que trato de evocar con más frecuencia en todos sus detalles.

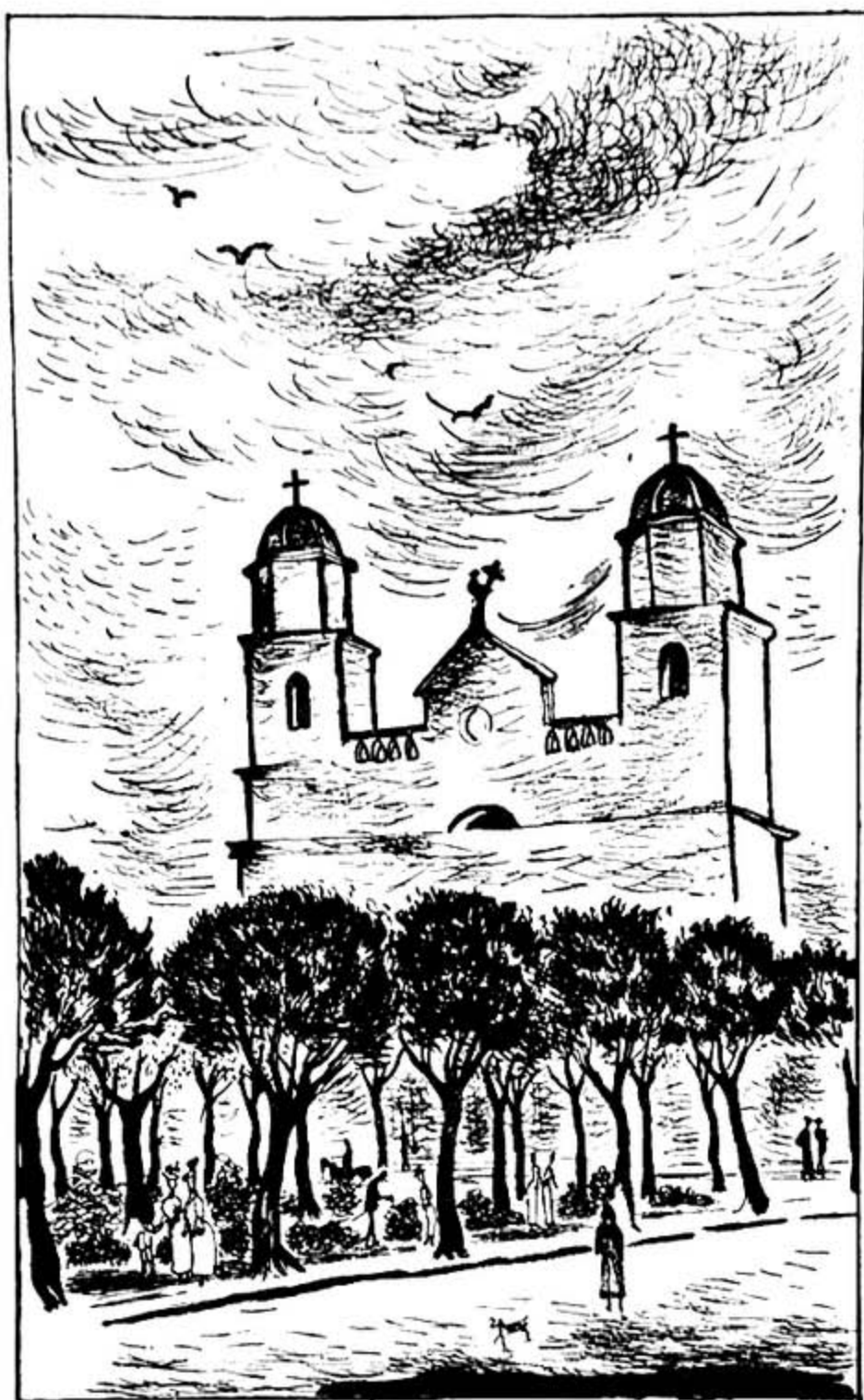
El poder del recuerdo, al menos en mi caso, es limitado, porque me impide concebir mi existencia como una unidad. Los hechos de mi vida se presentan discontinuos y distantes, siendo imposible imponerles ningún orden; y mis lejanos contemporáneos, los que no se han desvanecido en mi recuerdo, me parecen fantasmas que justificaron su aparición para confirmar mi existencia. En cambio, en todo lo sucedido después de mi muerte pareciera estar excluido el pasado, pudiendo registrar con una lucidez tan poderosa todo lo ocurrido que llego a dudar de su veracidad.

Pero para develar los secretos del poder celestial, esta constante presencia de los hechos es estéril. Pude comprobarlo el día que se transformó la imagen del ángel del tapiz donde existí después de mi muerte, en la de San Luis Gonzaga.

Todo lo sucedido aquella tarde no me causó sorpresa; el enrarecimiento de la luz, la metamorfosis de las rosas

W

W



La Iglesia.

me rodeó durante más de un siglo, sino para despedirme del duque de Bouillon, de quien albergué en los pliegues de mi túnica las plumas violetas del casco.

Y aunque el razonamiento me demuestre que mis actuales adioses deben corresponder a los últimos de mi vida, pienso que en este caso hubieran más bien correspondido a las melancólicas despedidas de quienes era tan devota mi adolescencia.

Junio, julio, agosto, setiembre, octubre, y reanudaré mis paseos estivales. Mientras, entre albas y atardeceres repetidos, trataré de descubrir el misterio de la Santa Trinidad. Conozco en parte su secreto: consiste en tres espejos unidos en forma de triángulo que guardan en su interior a un ser que refleja tres imágenes distintas. Pero lo que ambiciono saber es la fuerza que los mantiene unidos, en qué consiste su triple ambigüedad, y qué imágenes refleja. Estas meditaciones tienen para mí una seducción indefinible. Pero qué vanas son, al tratar de violar un secreto que sólo poseen los espíritus que están en la gracia del Señor.

Noviembre 4 de 1926.

Desle hace ocho días una niña, a quien sus compañeras llaman Rita, después de terminar la clase de catecismo se dirige hacia mi altar para contemplarme. Qué conmovedor y extraño es que me contemplen, habituado a la frágil imploración de los adolescentes.

Esa niña me ha enseñado que cuando la contemplación consigue armonizar la expresión de un rostro con lo más verdadero que se posee, se convierte en la única manifesta-

unícos testigos de nuestra expresión
contemplativa, pues solo a ellos nos
entregamos creyendo que demarcarán

ción humana que nos da la clave del significado de un ser.
Pero ese estado sólo nos invade cuando creemos no ser con-
templados por el objeto de nuestra contemplación.

Muchas veces he pensado qué leyes o qué fórmulas re-
girán el conocer de los árboles, los astros o las aves, tal
vez a ellos les sea revelada la realidad en una faz más deli-
ciosa que a los ~~humanos~~.

hombres.

Esa probable diferencia me impide fraternizar con ellos.

Rita ignora la existencia de esta recíproca contempla-
ción, y yo la de un recíproco deseo. Porque así como deseo
trenzar su pelo lacio, al que seguramente los infrecuentes
lavados dan opacidad y espesura, ella tal vez desee levantar
mi sotana para saber qué forma tiene el óvalo de mis rodi-
llas, o si la puntilla de mi enagua difiere de la que viste
el Nazareno.

Noviembre 5

No sólo los hombres y las bestias son capaces de hacerse
odiar, sino también las estatuas, los muebles, los espejos.
Así, yo me incluyo entre los objetos adversos a la felicidad
del sacristán. De otro modo no me explico por qué se com-
place en refregarme con tal tenacidad el rostro, con la clara
que baten mensualmente para la conservación de mi esmal-
te. Hoy ha acrecentado mi enemistad al robar un paquete de
vainillas que Rita, en su novena visita, olvidó sobre el altar.

Noviembre 6

La presencia de un nuevo paquete de vainillas me hace
pensar que no se debe a un olvido, sino a una ofrenda de
Rita. Tal vez no existan flores en su casa.

Conociendo anticipadamente su destino, saqué una vainilla y la escondí en mi manga. Presiento que estas masas han de perder su frescura con mucha lentitud.

¡Ah! Si pudiera embalsamar la infancia de Rita, enlazando esta vainilla al proceso de su carne, como en los cuentos oídos a mi aya en los que mientras no se desvaneciese el brillo de un diamante negro perduraría el encanto del castillo.

Diciembre 7

Acabo de oír la undécima campanada. En este momento Rita se ha de probar el vestido que llevará mañana en su primera comunión.

Seguramente habrá cerrado con llave la puerta de su cuarto, y dejando recostar sobre su brazo un lirio de papel espera que el espejo le devuelva la imagen de "la reina de la primavera", rol muy disputado en los festejos que organizan las escuelas (a juzgar por las discusiones promovidas por las niñas durante el catecismo), o dándole un símbolo de espada trata de evocar a Judith con el brazo justo e implacable que se stampa en la Historia Sagrada de los niños.

Temo que su vestido de primera comunión destruya la recuperación de mi infancia y la de todos los actos de mi vida. Porque es a su esclavina de lana punzó y a sus zapatos negros y gastados a quienes debo la visión de mi diario, y al despojarse de ellos se desvanecerá su halo, lo que significa la pérdida de todo lo recordado en su presencia.

En la tarde de aquella comparación —sólo redimible por los recordados velos y el aliento agradable de mi aya—, surgió, como al influjo de esta palabra imperativa, la visión



Ofrecimiento de las Vainillas.

del diario revelador y de lánguida escritura que comencé el 8 de marzo de 1583. Sólo ella supo la existencia de mi diario, aunque ignoró la mayor parte de su contenido. La veo con su perfil inclinado, aconsejándome que reemplazara el engarce del mirlo por la abeja en las celdillas de las mayúsculas góticas, mientras mi mano ocultaba el resto de la página en cuya blancura dibujé las siguientes palabras:

“Doy comienzo a mi diario el día de San Niceno mártir, fecha memorable para mi historia por cumplirse en ella el séptimo aniversario de mi renunciamento.

“Aquella mañana, víspera de mi cumpleaños, mientras observaba cómo mi cervo hacía la selección de sus hierbas preferidas, recordé que pronto me privaría de su mirada altiva y melancólica, al aceptar la invitación que María de Médicis me envió desde Florencia.

“Pensé que tal vez imitando los ritos que efectuaban mis primos al despedirse podría disminuir la nostalgia de la ausencia; pero, exceptuando el abrazo, presentaba tantas dificultades compartir la margarita e intercambiar las piedras transparentes, que me resigné a rodear su pescuezo con mis brazos. El intercambio consistiría en llevarme la veleta que oscilaba sobre el techo de su albergue, mientras yo, apretando mi jubón bordado, trataría de imprimir huellas indelebiles de insectos y racimos en su pecho.

“No sé si atribuir a la tibieza de su piel, al flujo de su sangre más marcada o a la ausencia del roce casto de las esmeraldas, que este abrazo fuera incomparablemente más intenso que los que solía dar a mi madre.

“Me pareció que durante esos instantes mis sentidos se

concentraban, para recibir sólo lo que de él venía; era como si su sangre circulara por mi cuerpo, y abandonado en su regazo yo pensaba lo delicioso que hubiese sido detener aquella fría mañana de marzo de 1576 para perpetuar el cálido atractivo que emanaba su cuerpo, el cual, después de filtrarse por mis medias, era recibido con deplorable voluptuosidad.

“¡Qué tristeza me invadió durante los días que siguieron! Recuerdo que por las tardes me negaba a salir a la terraza, al tener la certidumbre de que mis bucles ya no avasaliarían el viento, como acostumbraban; y cuántas veces, en presencia de mis flores preferidas, les dije “Violetas: yo no soy digno de que entréis en mi pobre morada (pero ante la perspectiva de no poder disfrutar de su perfume agregaba) mas decid una sola palabra y mi alma será santa”.

“Esta tristeza, y el considerarme indigno, fueron durante siete años los señores de mi pensamiento; he buscado con tenacidad las causas que los motivaron, y sólo hace muy poco tiempo logré idear una respuesta tal vez inhábil pero consoladora. Existe una clase de hombres cuyos actos son inspirados por el poder.

“Es claro que éste elige innumerables disfraces: a veces se presenta bajo la apariencia de un cetro, otras en el ascetismo y el séquito de méritos que exige la santidad, o en la devoción que se profesa a un rostro amado; y la angustia o la felicidad que nos causen estos estados será más intensa y variable cuanto más lejos estemos de considerarlos como máscaras que ocultan una fuerza común. Es la fuerza que nos obliga a diferenciarnos, para poder establecer así nuestra supremacía sobre los elementos y el hombre.

“Pero hay varias formas de ejercer este poder, formas mediante las cuales podemos deducir la calidad de las máscaras adoradas (escala variadísima que asciende de la más sórdida opacidad a la más pura transparencia).

“En la historia de mi sangre hay hechos ilustrativos:

“Ante las comprobadas infidelidades que E. F. comete a mi hermano Diego, éste suele decirme: “Después de todo no debo desesperarme —yo sólo podré descifrar el lenguaje de sus cejas”.

“Uno de mis antepasados consolidó el poder de la casa de Gonzaga mediante el empleo de eficaces venenos y el diestro manejo del estilete, ejercido contra padre y hermanos, tal vez con el deseo de ser el dueño exclusivo del bosque de Mantua; e ignorando que cuando creemos poseer a la naturaleza es ella quién nos posee, diría: “Mía es su fauna y su flora y los arroyos que lo atraviesan”. No es difícil deducir que las máscaras que estos hombres adoran constituirán la base de la escala, mientras que aquellas cuya transparencia llegue a otorgarles inexistencia serán las más próximas a identificarse con la verdad. Yo adoro una de estas últimas, y sé que para ser digno de ella mi vida debe ser regida por la abstención.

“Sólo así podré resguardar la integridad de mi espíritu y disciplinar mi fervor, tan humillado por aquel abandono de los sentidos que acompañó al bien intencionado abrazo. Sus consecuencias, que tanto intriguaron a mi infancia, fueron el repudio hacia esos torpes e irreflexivos arrebatos y rechazar todo lo que pudiese evocar aquel instante (hace mañana siete años que no beso a mi madre), lo que casi significa renunciar a la más leve sensualidad. Me fué y me

es necesario recurrir a cierto heroísmo para cumplir con estas resoluciones dictadas por mi carne, cuya práctica me conduce a alcanzar la felicidad de más prestigio, la más inconvencible, y también me es necesario admitir muchas noches de desvelo para sustentar mi vocación: adquirir la suficiente destreza como para poder deducir todas las posibles derivaciones de un hecho; de ese modo no podrá asombrarme ninguna de las faces que adquiriera, y así, sabiendo de antemano los ardidés de que se vale la naturaleza, podré establecer mi supremacía, conociendo sólo con mi espíritu y sin tener que apelar a mis sentidos”.

Qué grotescos me parecen el heroísmo, el fervor disciplinado y la abstención, al conocer el Amor; o más bien, cuando se ejercen sin el Amor.

No, ni el candor de esa prosa adolescente, tan efusiva, en la que abundan las sentencias y las adjetivaciones condenatorias, lograrían detener mi mano si esas páginas estuvieran a mi alcance. Sólo una merecería no ser destruída, que, escrita en junio del año siguiente, confirmó su veracidad siete años más tarde:

“Sólo tus amantes no te humillan al amarte por ti misma. Los demás, al considerarte como un puente que conduce a mejor o peor vida, te profanan.

“Hablan así porque ignoran que pueden hablar en el reflejo.

“Cuántas veces, al duplicar mi imagen en el agua, me has dicho que cuando vea mi piel y mis retinas turbias de-



Los Padrinos de la Nueva Imagen.

beré alegrarme, porque se aproxima el día en que el sabor de las tinieblas y lo anterior a toda creación me será revelado.

“La única tarea que me impones es que sepa contemplarme. Eres indulgente, al exigir tan poco precio para poder amarte”.

Diciembre 8

Aunque aun ignoro qué imágenes refleja, sé que la fuerza que mantiene unidos los espejos es el Amor.

De un momento a otro llegará Rita. Trato de cerrar los ojos y me impaciento al saber que olvidaron fabricar mis párpados. Evoco por última vez su halo. Pero ¿qué poder tiene para que después de treientos años de ininterrumpido desvelo me invada el sueño?

Mayo de 1927

En ocasión de celebrarse el 21 del mes próximo la fiesta de San Luis Gonzaga se bendecirá en esta parroquia la nueva efigie del glorioso santo.

Serán padrinos su donadora Sra. Catalina Somonte de Espil y el Sr. Antonio Barat.

Habiendo sufrido en este último tiempo un rápido deterioro, y siendo infructuosas todas las tentativas de restauración que se efectuaron, la antigua imagen fué incinerada, como se acostumbra obrar con estas sagradas reliquias. Conocer las virtudes de este santo es el deber de nuestra juventud, pues perteneciendo a una de las familias más ilustres y

*poderosas de Europa, renunció desde temprana edad a los honores debidos a su rango, y con espíritu firme supo des-
echar el corrompido esplendor de la Italia renacentista.*

*(de "El Redentor",
semanario parroquial).*

ARTURO JACINTO ÁLVAREZ

LA TRÁGICA HISTORIA DEL DOCTOR FAUSTO

ESCENA XIII

Una habitación en la Casa de Fausto.

Entra Fausto, con dos o tres Estudiantes, y Mephistophilis.

Primer Estudiante. —*Maestro Doctor Fausto, después de nuestra conferencia sobre las hermosas damas del pasado, y cuál fué la más hermosa de todo el mundo, hemos decidido que Helena de Grecia fué la mujer más admirable que existió jamás; por lo tanto, Maestro Doctor, si nos concediera el favor de mostrarnos aquella incomparable dama de Grecia, a quien el mundo entero admira por su majestad, nos sentiríamos extraordinariamente agradecidos.*

Fausto.—*Caballeros,
puesto que sé vuestra amistad ingenua,
y es costumbre de Fausto no negarse
al justo ruego de quien bien lo quiere,
veréis aquella impar señora griega;
con idéntica pompa y majestad*

*como al huir el caballero Paris
con ella sobre el mar, hacia Dardania
llevando los despojos espartanos.
Callad, que hay un peligro en las palabras.*

(Se oye música, y Helena pasa por la escena.)

Segundo Estudiante.—*No sabría elogiar mi pobre ingenio
su majestad que el mundo entero admira.*

Ter. Estudiante.—*Comprendo que la furia de los griegos
con diez años de guerra persiguiera
el raptó de esta reina incomparable,
divinamente hermosa.*

Prim. Est.—*Habiendo visto el único modelo
de la excelencia, orgullo entre las obras . .
de la Naturaleza, retirémonos;
¡que por la gloria de este acto, Fausto,
sea feliz y afortunado siempre!*

Fausto.—*Caballeros, adiós; lo mismo os deseo.*

(Salen los Estudiantes.)

Entra un Anciano.

Anciano.—*¡Ah Doctor Fausto, quién pudiera guiar
tus pasos al camino de la vida,
dulce sendero que por fin conduce
al eterno reposo de los cielos!
Rompe tu corazón, mezcla tu sangre
con lágrimas; con lágrimas caídas
del arrepentimiento y la tristeza
de tu más vil y escuálida impureza,*

*cuya hediondez consume toda tu alma
con crímenes atroces, con pecados
abominables, y que ya ninguna
piedad podrá expulsar, si no es la gracia
de aquella sangre salvadora, Fausto,
en cuyas ondas morirán tus culpas.*

Fausto.—¿Dónde estás, Fausto? ¿Oh, réprobo, que has
[hecho?

*Maldito eres, Fausto, y condenado;
desespera y extínguete; el infierno
proclama su derecho, y con tremendas
voces te dice: "Fausto, se aproxima
tu hora, ven"; y Fausto le obedece.*

(Mephistophilis le da una daga.)

Anciano.—¡Detén, oh Fausto, tus perdidos pasos!
*Un ángel en tu frente suspendido
veo flotando, con la gracia excelsa
que se ofrece en un vaso a tu esperanza;
recibe su merced, y no desmayes.*

Fausto.—Ah, buen amigo, mi alma desolada
*tus palabras consuelan; yo quisiera
meditar un instante en mis pecados.*

Anciano.—Me voy, Fausto gentil; ya tristemente
adivino la ruina de tu espíritu. (Sale.)

Fausto.—¿Dónde encontrar merced, Fausto maldito?
*Me arrepiento, confío, y desespero;
el cielo y el infierno en mí combaten
¿cómo evitar las trampas de la muerte?*

Mephis.—*Fausto, traidor, tu espíritu detengo
por su desobediencia al soberano
emperador; yo rasgaré tus miembros
si te arrepientes, Fausto, en cien pedazos.*

Fausto.—*Mi buen Mephistophilis, que esta injusta
presunción me perdone el gran monarca;
otra vez con mi sangre certifico
mi antiguo voto al príncipe del Este.*

Mephis.—*Hazlo en seguida, y con sincero espíritu,
si no quieres sufrir un gran peligro.*

(Fausto se hiere en el brazo, y escribe sobre un papel con su sangre).

Fausto.—*Al despreciable y encorvado anciano
debieras castigar, porque pretende
con un mayor tormento que el infierno
alejarme del noble Lucifer.*

Mephis.—*Su fe es muy grande; y su alma es inviolable.
Pero prometo castigar su cuerpo
en lo posible, aunque eso no le importa.*

Fausto.—*Una cosa quisiera suplicarte,
mi servidor, para calmar las furias
de un deseo profundo: que me otorgues
la celestial Helena como amante,
tal como yo la he visto; el delicado
deleite de su abrazo extinguirá
esas ideas que desvían mi alma
fuera de mis promesas, y me apartan
del juramento que hice a Lucifer.*

Mephis.—*Cuanto me pidas, Fausto, cumpliré
en este mismo instante.*

Vuelve a entrar Helena.

Fausto.—*¿Este es el rostro que llevó mil barcos
al mar, y ardió las torres de Ilión?
Hazme inmortal, Helena, con un beso.*

(La besa.)

*Mi alma quedó flotando entre sus labios.
Ven, Helena, devuélveme mi alma;
yo quiero el cielo, y él está en tus labios,
y todo es vano lo que no es Helena.
Yo seré Paris, y por ti incendiada
no ya Dardania sino Wittenberg,
con tu blasón en mi cimera altiva
enfrentaré al débil Menelao.
Sí, yo heriré de nuevo el pie de Aquiles
para tornar a Helena por un beso,
¡oh más bella que el aire del crepúsculo
vestido del fulgor de mil estrellas,
más brillante que Júpiter en llamas
cuando surgió frente a Semele un día,
más suave que el monarca de los cielos
en los azules brazos de Aretusa!
Y nadie más que tú será mi amante.*

(Salen.)

Entra el Anciano.

Anciano.—*¡Abominable Fausto, oh miserable
que el divino perdón de tu alma excluyes
burlando el trono tribunal celeste!*

Entran Diablos.

*Ya Satanás con su poder me prueba;
pero en el mismo fuego sabrá Dios,
infierno vil, mi fe y mi gran triunfo.
Ved sonreír los cielos, enemigos
ambiciosos, y ved cómo se burlan
de este fracaso vuestro. Adiós, infierno;
de aquí me alejo, y voy hacia mi Dios.*

(Salen de un lado los Diablos y del otro el Anciano.)

CHRISTOPHER MARLOWE.

SONETO

Tú ignoras este parque en que camino
con insensible paso por la grama,
como ignoras mi pecho que te ama,
fuente de agua escondida sin destino.

Aquí grabo tu nombre, en este pino
que ha de vivir más tiempo que mi llama;
ascenderás creciendo por su rama
a un cielo levantado y cristalino.

Acá desciende el sol, llega la noche,
y se apagan los ecos que algún coche
dejó llegar a la húmeda glorieta;

te espero aún, ausente, y tú no sabes
que me siento feliz en esta quieta
prisión, mirando el paso de las aves.

GUILLERMO WHITELOW.

EL RETORNO A LA VERDAD

Shakespeare hasta nunca acabar.

Goethe.

Sí, Shakespeare hasta nunca acabar. No lo propongo como uno de esos vanos y discutibles "retornos", que en una época de decadencia tratan de detener la corriente que la arrastra, aferrándola a los genios de un tiempo ya ido. Buscamos en Shakespeare algo más que vagas referencias, y excusas apenas confesadas para justificar cualquier licencia, algo más aún que una atmósfera de grandeza y un sentido de lo humano. El sueño dramático que los tiempos modernos —aproximándose quizá a Corneille— tratan de oponer a las desmesuradas figuras de la antigüedad, tiene para nosotros un sentido más profundo. Las lecciones que él nos brinda tienen más envergadura; su enseñanza tiene otro significado. Se adelanta más allá del teatro, y más allá de la tragedia griega. Sin haberlas conocido, quizá, tiende sus manos abiertas con nuevas riquezas que recién ahora ha comenzado a valorar la crítica.

En *Hamlet*, en *Othello*, en *Antonio y Cleopatra*, en el *Rey Lear*, brilla con luz enceguedora una verdad esencial que ningún otro dramaturgo supo encontrar después de él. El teatro descubre allí su secreta esencia. Adopta por un momento la figura que le corresponde, porque Shakespeare, con una modesta y tranquila seguridad, restituye de golpe el drama a su verdadero destino. Solo, a través del silencio deso-

lado de las ciudades, elevándose sin esfuerzo por encima de una época que tendrá las mejores razones para concebirnos, pero donde nos es imposible hacerlo entrar, se dirige hacia la esencia misma de la tragedia griega. Tiende sus manos a Sófocles y Esquilo, que lo reconocen como par, y le transmiten el santo y seña. Las llaves que le entregan le abrirán las puertas de la grandeza.

Esa grandeza es la del idioma. Eso es lo que nos ofrece Shakespeare. Después de tantas tentativas ineficaces, y tantos sueños imposibles, tendremos por fuerza que reconocerlo. Todos hemos perdido el tiempo buscando la verdad en la psicología, en los frescos históricos, en las grandes *mises en scène*, o en los trozos retóricos. Pero basta que Shakespeare aparezca para que el teatro revele su naturaleza. Dejando caer las máscaras que las generaciones posteriores le colocaron, se nos muestra con la faz desnuda. Y Shakespeare llega directamente al nudo del misterio. Maestro de todos los secretos, armado con las fórmulas más raras, opera sin equivocarse. Con un gesto infalible lanza sobre el teatro esas sombras prodigiosas que durante siglos enseñarán a la condición humana a descifrar el sentido de su aventura. Con la omnisciencia de la nada, crea esos seres a imagen de la verdad; es decir, de la mentira. Con una intuición fulminante, no les concede la vida sino por medio de la palabra. Pone en sus labios un lenguaje que es milagrosamente el lenguaje del hombre y el lenguaje del teatro. Para ellos, la densidad humana se confunde con esa tenue neblina que teje en el silencio una prodigiosa serie de ecuaciones verbales. La sangre de sus criaturas está hecha de ruido, su carne de lamentos, su fatalidad es lo irremediable de las cosas ya dichas. Sus fábulas son mentiras y su desesperación la imposibilidad de descubrir esas mentiras. Avanzan de crimen en crimen, a través de oleadas de sangre, a lo largo de una historia absurda que se arremolina llena de ruido en los balbuceos de un idiota. El drama se anuda en torno de su garganta, y un destino aterrador pudre sus labios hinchados de pus. Toda su angustia es la imposibilidad de saber

la verdad; no tienen más verdugo que sus palabras. Pierden una carne tan podrida como su alfabeto. Hablan, y sus discursos son armas de doble filo cuya hoja ya brilla al nivel de sus cuellos. Como bestias caídas en la trampa, se mueven en una baba pegajosa. Segregan una muerte que tiene el color de la tinta sobre el papel. En fin, su tragedia es hablar, y no poder sino hablar, justamente porque son protagonistas de una tragedia. El silencio los hiela progresivamente, y nada temen más que el silencio, porque lo saben irremediable, cayendo sobre las pilas de sus cadáveres, cayendo como la hoja de la guillotina sobre sus ilusiones perdidas y sus vidas destrazadas.

Sin duda, esta interpretación de Shakespeare no agradará a quienes no admiten en el teatro sino la psicología de los caracteres, y el estudio de las costumbres. Para toda esa escuela, Shakespeare parece todavía un poeta desigual, a quien conceden relámpagos de genio; un dramaturgo bastante primario, pero sobre todo un maravilloso analizador del espíritu humano.

Cleopatra consumida por la carne, reducida a su sexo, o mejor aún navegando de su corazón a su sexo; Hamlet a merced de las psicosis de su neurastenia, entran por turno en el baile de los caracteres dramáticos, junto al Avaro, al Burgués Gentilhombre, al Barbón Celoso, esos títeres del teatro francés; ya no son peligrosos, porque tienen un carácter. El profesor suspira, aliviado; ha comprendido: el principio de causalidad no ha sido violado; lo inexplicable se ha rendido razonablemente a las excelentes razones de algunas definiciones previas; porque la caracterización es su medio de defensa, una manera de ahogar el pez de la angustia y del absurdo. El viejo Lear lo inquieta, errando a lo largo de la playa con la barba salpicada por los myosotis de la locura. No importa: lo convierten en un *Père Goriot* de opereta, avaro por amor paternal. Así escamotean el verdadero sentido de ese drama admirable, donde la potencia de la mentira se manifiesta con inigualada intensidad. Pero eso concuerda mejor

con la consoladora imagen del mundo que el determinismo les ofrece. Dejan que Cordelia pronuncie con las manos sobre la garganta los fulgurantes versos en que se defiende de las mentiras ("Yo no tengo el poder de hacer subir como quiero las palabras a mi boca"); en sus libros, esa primera escena donde el drama estalla como un estruendo de clarines, se convierte en una simple exposición, algo laboriosa. Y también consienten la angustia de Lear ante la locura que sube, la locura que él mismo crea; pero a condición de considerarla como una parte cómica. Aceptan por fin los personajes sin carácter, esos temibles terrenos del absurdo, pero no se ríen. Shakespeare es así un alegre juego de masacre, un tiro de carabina de feria, donde el hombre baila sobre el surtidor, en lugar del huevo. Pero ya no les inquieta; ríen, en cambio, y están tranquilos. Llevan en la cabeza las lecciones del filósofo de familia, y el libro de Bergson al alcance de la mano. Su risa se torna mecánica.

Me detengo. Por otra parte, poco a poco se empieza a restituir a la obra de Shakespeare la perspectiva necesaria. Stoll, crítico americano, se ha propuesto demostrar la falsedad de los caracteres que trescientos años de crítica sumaria han estampado sobre sus personajes. Pronto conoceremos definitivamente esos nuevos resultados. Pero es obvio que un análisis un poco serio demostraría la imposibilidad de pretender una unidad en cualquiera de los seres shakesperianos. Son lágrimas sin carácter, porque ante todo son personajes dramáticos. En ellos lo esencial no es lo que tienen en el corazón, sino lo que dicen sus labios. Sus pasiones sólo existen cuando son expresadas. Su psicología parece insignificante, simplemente porque la psicología no conduce a nada. Sólo puede ser falsa. Psicología, odio hacia el lenguaje, creencia de que las palabras sólo tienen valor como expresión de los sentimientos, religión del espectáculo y del silencio.

Pero más aún: Shakespeare da la nota exacta. De todas las lecciones, la suya es la más ruda. Nos muestra el camino de un teatro vivo, verdadero, humano, y conforme con su

esencia teatral. El teatro se muere a fuerza de espectáculo y de silencio, después de haberse nutrido de psicología. Los *metteurs en scène* de posguerra no han hecho en realidad sino prolongar la empresa corruptiva del teatro de boulevard. No bailaban igual, pero saltaban al mismo compás. Allí, Giraudoux y Bernstein conjugaban su esfuerzo, cada uno por su lado, trabajaban por la misma causa. Uno y otro son la culminación lógica de esa concepción raciniana del arte dramático. En cierto modo, Racine es el gran culpable del estado actual del teatro francés. Giraudoux pierde inútilmente su poesía, Bernstein su mecánica determinista. Pero mientras la veta raciniana era explotada con tan triste resultado, el otro filón, el de Corneille, permanecía abandonado. La tradición corneliana, que se prolonga felizmente en las novelas francesas desde Laclos a Malraux y Montherlant, pasando por Stendhal, existe apenas en el teatro. Se requieren trescientos años para que un dramaturgo francés respondiera a Corneille, con *Les Mouches*. Y sin embargo la voz de Corneille es la única buena; en ella reside aún hoy la salvación. No se trata de estéticas nuevas que desplazan otras estéticas, tan vanas y tan imborrables como todas las precedentes.

No: queremos un retorno al teatro; al derecho a la palabra después de un silencio, y la reivindicación de la lógica después de la psicología.

ALEXANDRE ASTRUC.

A ALBERTO DURERO

En los antiguos bosques donde la savia inunda
los abedules negros y la selva profunda,
cuántas veces, ¿no es cierto?, te alejaste azorado,
sin mirar, tembloroso, donde habías pasado,
muy pálido, apurando tu paso convulsivo
oh Alberto Durero, oh pintor pensativo.

Se adivina observando tus cuadros venerados
que en la negra espesura tus ojos, extraviados,
claramente veían allí donde mirabas
los faunos vegetales y los verdes silvanos,
Pan, cubriendo de flores la gruta en que soñabas,
y la dríade antigua con hojas en las manos.

Una selva en la noche es todo un mundo horrible
donde surgen mezclados lo cierto y lo increíble.
Allí los viejos pinos se inclinan pensativos
y los olmos extienden sus mil brazos cautivos,
y en aquel grupo oscuro que la brisa estremece
todo lo que está muerto con vida nos parece.

La hierba busca el agua que corre; en los alcores,
entre zarzas terribles y espinos trepadores,
lentamente contraen sus negros pies nudosos
los fresnos; y sus cuellos de cisne algunas flores
contemplan en un lago. Y aquellos presurosos
que al pasar despertaron las extrañas quimeras,
con sus pechos de escama, de un árbol prisioneras,
desde el fondo de un antro reciben su mirada
luminosa. ¡Oh materia, oh fuerza, circundada
de cortezas vivientes y de pieles groseras!

Maestro, igual que tú, por el bosque no he errado
sin que un horror el alma no me haya penetrado,
sin ver temblar las hierbas, y ofrecerse a los vientos
colgando de las ramas confusos pensamientos.
Sólo Dios que es testigo de todo lo invisible
me habrá visto mil veces en la selva terrible
sentir, mientras un fuego secreto me encendía,
que un espíritu oculto, viviente, estremecía
riendo y murmurando despacio en las umbrosas
soledades del bosque, las encinas monstruosas.

VICTOR HUGO.
(Trad. de J. R. W.)

NOTAS

JOSEPH CONRAD: *Gaspar Ruiz* (Emecé, 1946).

Sin ninguna aclamación, y casi inadvertido entonces, se produjo en 1895 un hecho de singular importancia para la historia de la novela inglesa. Antes y después, Inglaterra ha tenido algunos de sus escritores más ilustres en hijos de otras naciones, pero nunca hasta entonces se había dado el caso de que uno de éstos llegara de un medio cultural tan diferente y lejano como el polaco Teodor Jósef Konrad Korzeniovski, con cuya novela *Almayer's Folly* se inicia en dicho año una notable carrera literaria, cuyos defensores y popularizadores fueron nada menos que Henry James, Ford Madox Hueffer y John Galsworthy.

Los escenarios exóticos de la mayor parte de las obras de Conrad, el mismo cautivante interés que casi todas sus páginas suscitan, no le colocaban por cierto en la situación más envidiable frente a críticos que han llegado a inventar —sin duda, para uso personal— el tipo bastante hipotético, por suerte, de las *novelas para intelectuales*, cuyo rasgo más destacado debe ser sin duda la abundancia de tedio. Por eso, como también sucedió con Melville y Stevenson, su mérito se redujo al de un autor de libros para escolares, cuando mucho al de un hábil narrador de aventuras marítimas; y así se establecieron sólidamente y de una sola vez dos falsedades que han tardado en disiparse.

Ante todo, Conrad no fué exclusivamente un novelista del mar y de sus hombres. Basta recordar *The Arrow of Gold* y *Suspense*, entre sus novelas, para reconocerlo; como lo hará el lector de esta serie de cuentos —tan oportunamente traducidos— que ya lo transportan a nuestra Guerra de la Independencia (en *Gaspar Ruiz*), como a las conspiraciones nihilistas del siglo pasado (en *El Relator* y *Un anarquista*) o a la gran aventura napoleónica (*El Duelo*).

Por otra parte, en toda la obra de Conrad hay mucho más que un simple relato de aventuras. Sus personajes llegan a hacernos vivir en una atmósfera de intensa realidad, que en algunos casos se asemeja a la de los mejores novelistas rusos, con los cuales él debía tener un profundo aunque quizá inconsciente parentesco espiritual. Y si sus escenarios son casi siempre exóticos, no hay tras esto el ingenuo placer de maravillarse (aunque éste es, por lo menos, un sano placer, y probablemente la fuente última de toda ficción) sino la aplicación lúcida y meticulosa de cuanto él manifestaba en ese verdadero *Credo* del novelista, su prefacio a *The Nigger of the Narcissus*. Tampoco debe olvidarse el hecho de que Conrad había sido marino —en el Océano Índico, en el Archipiélago Malayo, en el Congo Belga— y que esto lo había acostumbrado a mirar sin estupor y con entera naturalidad muchas actitudes humanas y muchos escenarios que para sus lectores estarán siempre cargados de los más fascinantes misterios.

Por esto, experiencias que el lector se ha acostumbrado a situar en el reino de la fantasía poseen para Conrad una realidad, quien sabe trasmitirlas con un despliegue tal de habilidad que logra comunicarlas como hechos ciertamente ocurridos, y más o menos cotidianos, en otras latitudes o en otros caracteres humanos.

Pero la habilidad de Conrad no sólo consiste en el hábil manejo de los medios técnicos al alcance del novelista o del cuentista, pues, como ha puntualizado Virginia Woolf en el hermoso ensayo que le dedicara en *The Common Reader*,

hay en esto una rara capacidad para vivir una doble vida, para ser al mismo tiempo el inflexible y audaz capitán de navío y el sutil, refinado y minucioso analizador.

En esta colección de cuentos que se acaba de publicar en nuestro idioma (originalmente aparecida en 1908 bajo el escueto título de *A Set of Six*), como en las restantes series de cuentos que escribiera Conrad (*Tales of Unrest, Twixt Land and Sea-Tales, Within the Tides, Tales of Hearsay*), las cualidades que le immortalizan no están quizá tan bien proporcionadas como en sus novelas principales. Como ha hecho David Daiches, "la sutileza de Conrad está en el método, no en el tema al cual es aplicado el método", y, precisamente, el desarrollo de este método exige casi siempre más espacio, más tiempo del que se le puede dedicar en las pocas páginas de un cuento. En ninguno de los ahora vertidos al castellano llega, por cierto, al encanto sutil de esa verdadera obra maestra que es la novela breve o cuento largo *Typhoon*. Pero Conrad se ingenia siempre para salvar en todo lo posible su peculiar método: en *Gaspar Ruiz*, elige un narrador que se halla fuera de las acciones y pasiones elementales del principal protagonista, como un simple observador, aunque llega a ser tocado por la misma intensidad brutal de aquél; en *La Bestia* (el único cuento marino de esta serie), el rigor lógico con que trata de endurecerse para afrontar la historia de una "barca lunática", para no caer en una plena devoción de la magia, llega asimismo a ceder a ésta, como si fuera simplemente la mente de un marinero; y en *El Duelo* —sin duda una de las mejores narraciones salidas de la pluma de Conrad— la oposición y luego el enlace de las dos actitudes primarias ante la vida (lo que forma el núcleo mismo de su método) se hace a través de los dos héroes de la historia, el impulsivo Féraud y el meticuloso D'Hubert.

Así, mientras Conrad se conserva fuera de los combates de sus héroes, sin tomar partido expreso por la razón o por el instinto, puede presentarlos —como todo buen narrador— adornados con las tácitas simpatías que siente hacia ellos; sim-

patías en donde, por otra parte, se distribuyen en iguales proporciones la fraternidad y la piedad, dos virtudes que casi nunca han estado ausentes de la "Gran Literatura", pero de las cuales ha carecido por desgracia buena parte de la literatura contemporánea. Y en esto, así como en la maestría del arte novelístico, el escritor inglés nacido en Polonia es un guía delicioso e indispensable.

E. L. REVOL.

S U M A R I O

Alexis de Tocqueville: Del despotismo — *J. R. Wilcock*: De una elegía — *W. H. Auden* y *Christopher Isherwood*: El perro bajo la piel (Acto II) — *Pierre Jean Jouve*: Deux poèmes de Louange — *André Frénand*: Paris — *Paul Éluard*: Je ne suis pas seul — *Arturo Jacinto Álvarez*: La historia de San Luis Gonzaga (con tres ilustraciones de Basaldúa) — *Christopher Marlowe*: La trágica historia del doctor Fausto — *Guillermo Whitelow*: Soneto — *Alexandre Astruc*: El retorno a la verdad — *Victor Hugo*: A Alberto Durero —
E. L. Revol: Notas.
